

**EL PERDÓN /
SACRAMENTO
DE LA
RECONCILIACIÓN**

ANEXO 5

**Para dinamizadoras, catquistas,
madres y padres**

**Delegación de Anuncio y Catequesis
Fede- Zabalkunde eta Katekesirako Ordezkaritza**

Jesús nos perdona y acoge a través de la Iglesia ¹

I. INTRODUCCION

En nuestra vida de cada día, cuando nos sinceramos con nosotros mismos descubrimos a menudo fallos, errores, formas de actuar no acertadas que, aunque en un principio las justificamos, acabamos reconociendo que son actuaciones hechas de forma injusta, buscando solo nuestro provecho o actuando en contra de los demás.



Sentimos que nos hemos fallado a nosotros mismos y a los demás. No hemos obrado según nuestros criterios éticos. Sentimos que algo dentro de nosotros se ha desequilibrado. No nos sentimos en paz con nosotros mismos.

Reconocer el mal que hemos hecho, mostrar nuestro deseo de cambio, saber pedir perdón, nos llena siempre de paz, nos reconcilia con nosotros mismos, nos ayuda a crecer y a madurar como personas. Nosotros como creyentes sabemos y sentimos que el perdón de Dios nos acompaña siempre. Su perdón siempre generoso y gratuito es una llamada a perdonar como Él lo hace con nosotros.



“Habéis oído que se os dijo: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia sobre justos e injustos” (Mt 5, 43-45).

Las personas que escucharon a Jesús estas palabras debieron quedar un tanto desconcertadas. Mucho les debió costar entender el mandato de amar y perdonar las ofensas y agravios a todos, incluso a los enemigos. Aquello sonaba extraño a los oídos de cualquier judío. Desde pequeños habían aprendido, por tradición, a vengar el mal con otro mal, a responder a los agravios de modo proporcional al daño recibido. Cumplían así la conocida ley del tali3n: “ojo por ojo y diente por diente”.

Jesús en cambio manda perdonar al prójimo, tanto si es hijo del pueblo de Israel como si es extranjero, y el perd3n debe abarcar cualquier tipo de agravio u ofensa. El deber de perdonar es una novedad genuinamente cristiana, desconocida en el mundo antiguo. Si Jesús nos dice que perdonemos sin límite ni condición es porque así somos nosotros perdonados por Dios. En el amor no cabe poner condiciones. Jesús cuando perdona nos dice cómo es Dios para con toda persona, cuán grande es su misericordia hacia todo lo que Él ha creado.

El Dios del Antiguo Testamento es un Dios preocupado por el ser humano, liberador de sus esclavitudes, compasivo con sus infidelidades. Así nos lo presentan quienes tuvieron una experiencia rica de Él: “Dios es misericordioso y compasivo, lento a la cólera y rico en piedad” (Sal 86).

♦.....

¹ Tomado de guía catequesis parroquial familiar 3º, Tema 3º, Jesús nos perdona y acoge a través de la Iglesia.

Es un Dios que no da a cada uno lo que merece sino lo que necesita. Desde sus entrañas de misericordia, Dios no se fija tanto en nuestros méritos, sino en nuestras necesidades. Pero a menudo los hombres desfiguran este rostro de Dios y nos lo presentan como un Dios vengativo, calculador, exigente, que devuelve mal por mal. Jesús vuelve a recordarnos el amor, el perdón y la misericordia gratuita y generosa de Dios hacia toda criatura suya. Jesús vive y actúa entre la gente como testigo y profeta de la misericordia de Dios por eso acoge a los pecadores, a todas aquellas personas marginadas y les hace experimentar el abrazo rehabilitador de Dios.

¿Cómo es el perdón de Jesús?

Jesús acoge a los pecadores sin exigirles previamente arrepentimiento, tal como se hacía tradicionalmente. Les ofrece su amistad como signo de que Dios los acoge en su reino. Los acoge tal como son, pecadores, confiando totalmente en la misericordia de Dios que los está buscando. Jesús no pone a los pecadores ante la ley sino ante el amor y la misericordia de Dios. No les recrimina ni se fija en su pasado sino en lo que pueden llegar a ser sintiéndose amados por Dios. Es Él quien comienza ofreciendo su perdón. “Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más” (Jn 8, 11).

El perdón de Jesús está abierto a todos, nadie queda excluido de él. En la mesa de Dios hay lugar para todos. Sólo quien se autoexcluye queda privado del perdón de Dios. Es, también, el perdón de Jesús un perdón que no tiene límites, como no tiene límites el amor de Dios. “Hasta setenta veces siete” (Mt 18, 22) dice Jesús a sus discípulos que perdonen; es decir, siempre.

El perdón de Jesús cambia a quien lo recibe, lo rehabilita, lo sana por dentro y por fuera. Es una llamada a la conversión, a empezar de nuevo, a un amor mayor. La mirada de Jesús rehabilita, reconcilia con Dios y con los demás: “Vete en paz” (Lc 7, 50), les dice Jesús a los que perdona. Las personas que reciben su perdón vuelven a experimentar el amor sanador de Dios y se sienten invitadas a empezar de nuevo.

Cuando los discípulos le piden a Jesús que les enseñe a orar, Jesús incluye en la oración a Dios la petición de su perdón y la vincula al perdón que nosotros también debemos a quienes nos han ofendido. Sabernos y sentirnos perdonados por Dios debe siempre reactivar nuestra reconciliación con los demás. “Perdónanos nuestras ofensas, porque también nosotros perdonamos a los que nos ofenden” (Lc 11, 4). Jesús muere perdonando a quienes le crucificaron: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc 23, 34). Termina así su vida siendo testigo y profeta del perdón sanador de Dios, nuestro Padre.

El mensaje de Jesús, entre las personas que le escucharon, resuena así: “Cuando os veáis juzgados por la ley, sentíos comprendidos por Dios; cuando os veáis rechazados por la sociedad, sabed que Dios os abraza; cuando nadie perdona vuestra indignidad, sentid sobre vosotros el perdón inagotable de Dios. No lo merecéis, no lo merece nadie. Pero Dios es así: amor y perdón.

La iglesia acoge y perdona en nombre de Jesús

Jesús conocía bien cómo el afán de poder, la mentira, la rivalidad, el rencor son actitudes frecuentes en el ser humano. Jesús quiso que entre sus seguidores el perdón fuera una constante para encontrar de nuevo la fraternidad. Así pues da a los apóstoles la capacidad de perdonar en su nombre “Lo que atéis en la tierra será atado en el cielo, lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo” (Mt 18, 18).

A través del sacramento del perdón la Iglesia acoge y perdona, en nombre de Jesús, a todos aquellos que buscan de nuevo encontrarse con el Padre. En la parábola del hijo pródigo, Jesús nos ayuda a descubrir que Dios nos busca cuando nos hemos alejado de Él, que espera ansiosamente nuestro regreso, que nos abraza y acoge cuando volvemos a Él, que no nos echa en cara nuestro pasado, sino que el gozo del reencuentro le hace olvidar la penalidad pasada.

De este modo la Iglesia tiene en Jesús el modelo para acoger, perdonar y celebrar el reencuentro entre Dios, el pecador y la comunidad cristiana.

Si examinamos con honestidad nuestra vida, nuestro modo de actuar en nuestras relaciones con Dios y con tantas personas que se cruzan en nuestra vida, descubrimos con facilidad en nosotros cantidad de sombras, errores, falsedades, desencuentros... Saber reconocer que no hemos respondido a lo que Dios espera de nosotros, manifestar nuestro deseo y compromiso por vivir de forma más digna con los demás, son pasos necesarios que facilitan el reencuentro con Dios y con los demás. Dios nos busca cuando nos ve desorientados, nos abraza cuando volvemos a Él.

Con Dios siempre se puede comenzar de nuevo. Él no se fija en nuestro pasado. Dios goza, como Padre, perdonando gratuita y generosamente. Así nos lo anuncia Jesús. Sabemos que Jesús dio a los apóstoles el poder de perdonar, en nombre de Dios, a todos aquellos que buscaran reconciliarse con Él y con los demás. "Lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo, lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo" (Mt 18, 18).

Hoy la Iglesia, en nombre de Jesús, sigue repitiendo este gesto del perdón que nos reconcilia con Dios, con nosotros mismos y con los demás. El sacramento de la penitencia es para los cristianos la experiencia renovada de que Dios nos sigue amando, de que nuestra vida puede recomenzar de nuevo. El sacerdote, después de nuestra petición de perdón, recita ante nosotros: "Yo te absuelvo de tus pecados, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo". El perdón que de Dios recibimos debe ser siempre estímulo y compromiso para vivir también perdonando a quienes nos han ofendido.

Cómo lo cuenta la Biblia (Lucas 15, 11-32)



"Dijo Jesús: Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo al padre: "Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde." El padre les repartió los bienes. A los pocos días el hijo menor juntó todo lo suyo e migró a un país lejano y allí derrochó su fortuna viviendo como un perdido. Cuando se lo había gastado todo vino un hambre terrible en aquella tierra y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y buscó amparo en uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos, pues nadie le daba de comer. Recapacitando entonces se dijo: "¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan de sobra, mientras que yo aquí me muero de hambre! Voy a volver a casa de mi padre y le voy a decir: "Padre, he ofendido a Dios y te he ofendido a ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros". Entonces se puso en camino a casa de su padre. Cuando aún estaba lejos, lo vio su padre y se conmovió; salió corriendo, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. El hijo empezó a decirle: "Padre, he ofendido a Dios y te he ofendido a ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo."

Pero el padre dijo a sus criados: "Sacad enseguida el mejor traje y vestidlo; ponedle un anillo en el dedo y sandalias en los pies; traed el ternero cebado, matadlo y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y lo hemos encontrado. Y empezaron el banquete.

El hijo mayor estaba en el campo. A la vuelta, cerca ya de la casa, oyó la música y el baile; llamó a uno de los mozos y le preguntó qué pasaba. Éste le contestó: "Ha vuelto tu hermano y tu padre ha mandado matar el ternero cebado, porque le ha recobrado sano y salvo". Él se indignó y se negaba a entrar; su padre salió e intentó persuadirlo, pero él replicó a su padre: "A mí en tantos años como te sirvo sin saltarme nunca un mandato tuyo, jamás me has dado un cabrito para hacer fiesta con mis amigos; en cambio cuando ha venido ese hijo tuyo que ha malgastado tus bienes, matas para él el ternero cebado". El padre le respondió: "Hijo, tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo. Además, había que hacer fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a vivir, andaba perdido y lo hemos encontrado".

Posiblemente es una de las parábolas que contó Jesús y que mejor nos transmite la alegría y el gozo desbordante que se produce en Dios cuando uno de sus hijos vuelve de nuevo a Él.

Nos habla del padre que le da al hijo menor la parte de la herencia que le corresponde. Pero ciertamente la herencia que le da no es sólo dinero. Aquel hijo había experimentado el amor de su padre mientras estuvo viviendo con él. Este recuerdo es lo que le queda cuando lo ha gastado todo. Y es la experiencia de haber sido amado la que le hace volver a casa de su padre.

Cuando todo falla, cuando sentimos la soledad, cuando estamos desorientados en la vida, hay algo en lo que siempre podemos apoyarnos y es en el amor de nuestro padre Dios que siempre nos busca, nos espera y goza cuando volvemos a Él.

La parábola también nos señala algo importante y es la negativa del hijo mayor a perdonar a su hermano. Aquí también se hace presente esa realidad entre muchos creyentes que sabiéndose amados y perdonados por Dios nos negamos a ofrecer también nuestro perdón a nuestro hermano más cercano.

